

Alain Gillot

La lógica cotidiana de la felicidad

Traducción del francés
de Teresa Clavel

alevosía 

«Quieren que muramos y mintamos con ellos. Solo se puede hacer una cosa: buscar algo que sea tuyo, construirte una isla».

El sargento Welsh
en la película de Terrence Malick
La delgada línea roja

Para Caroline, para esa familia en la que creyó.

1

Hamed vino directo hacia mí caminando como un potrillo contrariado. Llevaba una semana lloviendo a cántaros en plenas vacaciones de Semana Santa. Con lo que normalmente les costaba a los críos concentrarse, si encima jugaban en un barrizal, el desastre estaba garantizado.

—No hay manera de jugar, entrenador, el terreno no tiene agarre. En cuanto haces un pase, acabas con el culo en el suelo...

Los jugadores necesitan hablar. Del daño que se han hecho, del material, de las condiciones del terreno... Algunos días, lo único que quieren es volver a los vestuarios.

—Enséñame los tacos.

El chaval me dio la espalda y levantó el pie.

—Por lo que veo, son pequeños —dije, después de haber echado un vistazo a la suela.

—Los que llevo siempre.

—¿Y no has notado algo distinto desde el lunes?

—Pues... sí, que caen chuzos de punta.

—Y según tú, ¿qué deberías haber hecho?

—Poner unos más grandes...

—Pues entonces, hala, vuelve al campo y apáñatelas como puedas para mantenerte en pie.

Bajó los ojos. Hamed tiene ese punto de obcecación que lo empuja a estrellarse contra los defensas en vez de levantar

la cabeza para buscar a un compañero desmarcado. Tengo a veintitrés como él a mi alrededor, y algunos días me pregunto qué hago aquí, lidiando con una panda de mocosos que nunca llegarán a ser verdaderos futbolistas.

Es mi segunda experiencia como entrenador desde que obtuve el diploma de la federación. La primera fue en Limoges con el equipo de la división de honor. Empleados de correos que trabajaban toda la semana y venían a entrenarse por la noche. Pero me harté de ese ritmo. Vi un anuncio en *France Football*: «Club de Sedan busca instructor diplomado para preparar a sus jóvenes de entre diez y catorce años». Pensé que eso podía convenirme. No es que sea muy aficionado a los niños. Para empezar, no tengo, y me gustan muy moderadamente, pero el sueldo era correcto, y el hecho de que la oferta incluyera una casa unifamiliar terminó de decidirme.

Por supuesto, Sedan tiene sus limitaciones. La gloria del club quedó atrás y no parece que de momento vaya a volver; tanto es así que el primer equipo se mueve en la segunda división, y más bien por la parte baja de la tabla. Lo que haría falta es encontrar una pepita de oro. Un jugador que permitiera a los hinchas soñar, y a sus compañeros de equipo, ser aspirados hacia arriba. Eso es lo que pasó en Nancy cuando apareció Platini. Pero jugadores como Platini, surge uno cada cincuenta años, y ninguno va a venir a parar a Sedan. Lo que tengo a mano son sobre todo chicos del tipo de Kevin Rouverand. Kevin es el goleador del grupo; en fin, cuando tiene un día bueno. Un metro cuarenta y tres de alto, un centro de gravedad muy bajo, terrible con la derecha. Realmente podría hacer algo, pero en lo que a motivación se refiere anda pero que muy escaso. Se pasea por el terreno de juego como si la cosa no fuera con él, piensa que tiene todo el tiempo del mundo por delante. Espera, como muchos de sus compañeros, la oferta de un club importante. Hojea revistas de

coches, teclea en el móvil y se esculpe el pelo con gel. Se ve a sí mismo como si ya hubiera llegado, cuando ni siquiera ha montado en el tren.

Creí que iba a parar por fin de llover, pero arreció todavía más, así que di la señal de retirada y recogí las camisetas. Por lo menos que no pillaran una pulmonía. Ya estaba bastante diezmado el grupo.

—Hasta mañana —me dijo Kevin.

—Hasta mañana. Procura no llegar tarde.

Ya se había zambullido en sus SMS. Al principio, ese tipo de comportamiento me sacaba de quicio, pero ahora lo miro con cierta distancia. Es una cuestión de generaciones. Los hijos de mineros han pasado a la historia. Eso no significa que hoy en día los chavales no tengan objetivos; tienen el del dinero, y muy pronto el de las chicas. Pero eso entra en el terreno de la zanahoria, y para hacer carrera es preciso algo más.

La mía, mi carrera, quedó bruscamente interrumpida un domingo de abril, pronto hará diez años, en el campo de Limeil-Brévannes. Acababa de cumplir veintinueve años y los directivos del Martigues me habían hecho una oferta, una temporada completa de prueba con opción a la siguiente, y yo confiaba bastante en el futuro, hasta que un buen día el defensa central del equipo contrario acabó de un plumazo con esa promesa de traspaso dejando caer todo su peso sobre mi rodilla izquierda.

El chico se llamaba Didier M'bati, era natural de Ghana y debía de pesar cómo mínimo noventa kilos. Mientras yo me retorció de dolor, él repitió varias veces que no lo había hecho aposta, y era verdad. Yo había intentado regatear pillándolo a contrapié, pero perdí el equilibrio y él me pisó simplemente porque iba lanzado y no podía parar. Me operaron en Dijon, donde tenían fama de reducir los periodos de

consolidación ósea; dicho esto, en mi caso no era cuestión de una semana más o una semana menos, enseguida se dieron cuenta. Los daños eran considerables y, después de varios reconocimientos, los médicos confirmaron que no volvería a jugar al fútbol. Podría andar sin demasiadas dificultades, pero, en lo sucesivo, correr sería una aventura incierta.

Así que le abrí la puerta a la depresión. Entré en una espiral en la que me pasaba casi todo el día durmiendo para vivir solo de noche. Desconecté el teléfono. No me lavaba y comía latas de conserva. Poco a poco perdí pie y acabé refugiándome en la bebida, cuando siempre había odiado estar borracho. Empecé a ir de bar en bar, hasta el día que me lie a hostias con un tipo sin saber siquiera por qué. Tuvieron que sujetarme, yo ni me daba cuenta de que lo había dejado fuera de combate. Acabé en la comisaría, metido en una celda en espera de que se me pasase la mona. Iba realmente por muy mal camino, y así habría seguido de no ser por algo que sucedió aquella noche. En aquel catre que olía a meados, tuve un sueño muy curioso. Estaba solo, en medio de un estadio en absoluto silencio. Trazaba líneas blancas con cal, utilizando una máquina cuyas ruedas chirriaban al girar. Lo hacía a conciencia, sin prisa. Una vez terminado el trabajo, me senté en el centro del terreno de juego y me quedé allí sin más, simplemente experimentando una sensación de serenidad incomparable. Como si aquellas líneas blancas fuesen murellas que me protegían de todo.

Al despertar me acordé de ese sueño. Fue como una revelación. Ser jugador no era lo más importante. Lo que echaba de menos no era el juego en sí mismo, sino haber dejado de frecuentar ese espacio donde me sentía seguro. Lo único que debía hacer era regresar a los campos de fútbol y todo iría bien. Y cuando la policía me dejó libre, hacia mediodía, una sola idea fija ocupaba mi mente: llamar a la federación para

informarme de lo que había que hacer para obtener el diploma de entrenador.

—¿Cierro el vestuario, señor Barteau?

Era el vigilante del estadio. Estaba justo detrás de mí, iluminado por la luz del crepúsculo.

—Adelante, Émile.

—¿Ya le han devuelto el coche?

—No, pero me lleva Meunier. Buenas noches.

Me quedé un momento más, hasta que las luces estuvieron apagadas. Continuaba lloviendo a mares y en el área de penalti empezaba a formarse una piscina. Aquello prometía para el día siguiente.